

Nº 592  
28  
Febrero  
2022  
Lunes



## El KO de la Administración

Emilio Álvarez Frías

**N**o sé si Pedro Sánchez tendrá la culpa de que la Administración española, en sus distintos niveles, sea un desastre, pero como él nos ha traído el desbarajuste integral de España, se lo adjudico sin remordimiento alguno. Tampoco sé si puede ser consecuencia de hacer los primeros pinitos de las recomendaciones de la agenda 2030 o resultado de alguna medida sugerida por la UE tras las recomendaciones que en sus visitas les hiciera la niña sueca Greta Tintin Eleonora Emman Thunberg, más conocida por sólo Greta Thunberg a Dios gracias, que tiene atontados a todos los cerebros de Bruselas y de otros lugares de dicha UE con su saber desmedido sobre los riesgos del calentamiento global de la bola llamada tierra, en la que habitamos. Lo cierto es que, como digo, la Administración española es un total caos, un desconcierto integral, moviéndose en una anarquía descomunal. O quizá es consecuencia de alguno de esos equipos de sabiondos que de vez en cuando nos informan haberse sacado de la manga para enjuiciar cualquier duda respecto al covid-19, la importancia de los pingüinos del mar del Norte o cómo esconder la cantidad de veces que Pedro toma el Falcon. Claro que también puede que hayan empezado a jugar con eso de la inteligencia artificial, y como no tienen ni pajolera idea al respecto, como me pasa a mí, están armando un follón difícil de desenmarañar, volviendo tarumba, a los españoles, de siquiatra, al no conseguir solucionar sus problemas porque nadie les aclara cómo han de hacerlo.

Muchas oficinas de la Administración, que aparecían llenas de funcionarios, todos muy atareados, ahora permanecen vacías y apenas un vigilante jurado y un funcionario las ocupan con la sola misión de decir que miren en internet o llamen por teléfono a los números fijados para cada consulta. De entrada, me pregunto, ¿dónde están los 3.440.100 de funcionarios que el INE dice que formaban la plantilla de la Administración española en 2021? ¿Atendiendo los teléfonos que suenan durante minutos y minutos sin que los coja alguien? ¿Trabajando en casa? ¿Y qué trabajo pueden hacer en casa? ¿Atendiendo los ordenadores en cuyos programas es difícil encontrar cómo uno puede hacer la pregunta que desea? ¿Cómo es posible que haya que pedir hora para una consulta y cuando vayas te digan que lo consultes en internet? Sin duda es desesperante. Y sea por las razones que sean, la organización administrativa del Estado se ha derrumbado como todo lo que toca el bueno de Pedro Sánchez y sus mariachis.

Da la sensación de que nadie hace caso de este problema acuciante que tiene la Administración del Estado, que afecta a todos los españoles. Pero es imprescindible y urgente poner en servicio las diferentes oficinas que han sido vaciadas de funcionarios y dejar la copla de la página web para más adelante.

Como ejemplo voy a poner el que ha llegado a mis manos hace dos días: la resolución de la concesión de nacionalidad por residencia de un extranjero que, hace tres años, en consulta personal realizada un mes de junio en las oficinas del Registro Civil de Madrid, informaron que tenía concedida la nacionalidad y que en un mes la llamarían para cumplir el requisito de «prestar juramento o promesa de fidelidad al Rey y de obediencia a la Constitución y a las leyes», y el mes se ha convertido en casi tres años.

Y como este ejemplo hay miles. Y lo desesperante es la respuesta que te da uno de los pocos funcionarios que están dando la cara, cuando consigues llegar hasta la ventanilla: «busque lo que desea en la página web y solicite lo que quiera por internet». Y ahí se acaba todo.

Afortunadamente, todavía nos quedan los botijos, que podríamos decir parafraseando la famosa frase que dijera Humphrey Bogart a Ingrid Berman en la película Casablanca. Siempre nos queda el botijo para, mediante un buen trago de agua fresquita, calmar el cabreo que produce ver cómo pasan los días sin conseguir arreglar un problema que, en la mayoría de las ocasiones, podría tener solución en cinco los minutos que pudiéramos tener tête à tête con uno de los 3.449.100 funcionarios. Para el regocijo de nuestros amigos, hoy traemos un botijo sumamente original, quizá de algún alfar cántabro, ya que lleva marcado en blanco la leyenda «Recuerdo de Potes – Picos de Europa». Nunca lo hemos visto en nuestras andanzas por aquellas agrestes tierras, pero no vamos a dudar de lo que dice lo escrito.



\* \* \*

## Más allá de la política

**Manuel Parra Celaya**

**U**n amigo que leyó mi último artículo (*En camisa de once varas*) me ha reprochado, festivamente, lo que llama un cierto *cinismo* en su contenido, ya que en aquel afirmo «*no entender de política*» y escribir sobre ella «*por una vez*»; mi buen y socarrón amigo opina, por el contrario, que casi todos mis textos son de naturaleza e intención *políticas*.

Me apresuro ahora a rebatirle: el ámbito en el que me suelo mover con la pluma no es la *política*, sino la *metapolítica*, salvo en raras ocasiones; y si, al tratar de política, me siento como un pulpo en una perfumería, en esa otra materia pretendo ser un atento alumno que recurre frecuentemente a buenos maestros para *progresar adecuadamente*, siempre con más o menos fortuna.

¿Dónde estriba la diferencia? En primer lugar, la política es «*una partida con el tiempo en la que no es lícito demorar ninguna jugada*», es decir, que lo que

digo hoy puede verse contradicho mañana porque han cambiado las circunstancias, mientras que la metapolítica no tiene en modo alguno ese carácter perentorio y puede prescindir de urgencias y *actualidades*. Para la política, hay que *enterarse*, y, si se toma parte activa en ella, detectar con perspicacia los frecuentes temporales o sumergirse en el lodo más hediendo; para la metapolítica, es necesario poseer unos conocimientos culturales y, sobre todo, *pensar por tu cuenta*, siempre con actitud sumisa en las aulas de los maestros.

Desde un punto de vista filológico, es fácil deducir que metapolítica significa *más allá de la política* (del griego, *methà*); y que toda política, quede reducida a teoría no aplicada o se haya proyectado en una situación concreta, está sustentada en una determinada interpretación del ser humano y de la sociedad,



en unos valores, en unas creencias y en un legado histórico.

La metapolítica está, pues, ligada al concepto de *cultura*, en la segunda acepción que da a esta palabra la RAE: «*Conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos, grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época o grupo social*». También, vinculada estrechamente a la Filosofía, concretamente a la Metafísica, en tanto que sobrepasa en su extensión y contenidos el ámbito de lo jurídico, de lo sociológico, de las formas de gobierno, de lo temporal, en suma; pensemos, por ejemplo, en el concepto de *patria*, que está por encima del de *Estado*, de las varias acepciones de *nación* y no digamos de *ordenamiento legal*, aunque algunos se empeñen en hablar de *patriotismo constitucional*; o pensemos en cómo influye en las ideologías políticas o en las medidas concretas la visión que se tenga del hombre, de su inmanencia y de su trascendencia.

Por supuesto, la metapolítica tendrá estrecha relación con la Axiología o Tratado de los valores, en cuanto más allá de los cambios de estructuras sociales o económicas, y con la Ética, pues qué duda cabe, por una parte, que los comportamientos humanos se deberían regir por una Norma y, por la otra, que, en nuestros días, el *combate cultural* subyace por encima de los meros enfrentamientos (a veces, fingidos) de los partidos en liza; Axiología y Ética son los principales frentes en nuestros días, ante la ofensiva de las *ideologías oficiales* del Pensamiento Único. Y, sobre todo, la metapolítica descansará, en su fondo, en una concepción religiosa determinada, como demostraron en su momento Jaime Balmes, Donoso Cortés, Proudhon y José Antonio Primo de Rivera.

Una definición sencilla de metapolítica es la que nos brinda Alberto Buela:

Estudio de las grandes categorías que condicionan la acción política;  
y, como sigue diciendo este filósofo, a la metapolítica

se accede a través del ejercicio del disenso, que no es otra cosa que la capacidad metodológica y existencial de proponer otro sentido a lo dado y aceptado por el statu quo [...]. El disenso como método no les está permitido a los observadores del mundo y sus problemas (esto es, los que «entienden de política»), sino a los comprometidos con el mundo y sus problemas.

A pesar de todos los intentos de imponer ese Pensamiento Único, donde solo se acepta un sistema político en el que moverse –la democracia individualista o liberal–, un sistema económico –el del dios Mercado del neocapitalismo–, una sola ética –la del consenso y la posverdad– y un solo dogma –el de la tecnología–, las resistencias siguen existiendo y extendiéndose, buscando lo metapolítico.

Al trabajar en el terreno de la metapolítica, además de sustentar lo que ocurrió en el pasado histórico y lo que ocurre en el presente, debemos ir afirmando las bases del futuro, en un *debe ser*, no para ensoñar utopías, sino aspiraciones posibles de un Ideal, que se fundamente en lo esencial y no en lo contingente.

De este modo, podemos aventurar qué intereses y designios subyacen, por ejemplo, tras el proyecto de la *Agenda 2030* o, más modestamente, qué ha impulsado cada movimiento de ficha en el tablero de la política española actual, como la guerra interna del PP, la avenencia de un gobierno de España con los enemigos de la nación española o los derroteros por los que quieren llevar a la educación de las nuevas generaciones, temas de los que frecuentemente me ocupo sin descender a *la política*, que para algo tiene doctores la Iglesia.

\* \* \*

## Sin despeinarse

**Enrique del Pino**

**P**or más que he puesto mis sesos y oídos a entender lo que está pasando en España desde el jueves pasado, he de confesar que no lo consigo. Son tantas y de tal naturaleza las novedades que se suceden hora tras hora, quizá de un minuto a otro, que cuesta predisponerse a asimilar con el ánimo tranquilo la catarata de acontecimientos que se despeña por las rocas, que aquí podríamos llamar entre bastidores, pues tiene mucho de tramoya teatral el quehacer de los actores del vodevil. Porque ¿es posible que, en las alturas políticas de este país, esa especie de sanedrín de lujo donde casi todo se cuece, se hayan movido tan vertiginosamente las piezas y, poco menos que a la carrera, se haya determinado una solución de urgencia, a todas luces previamente orquestada, aunque no lo parezca? ¡Si todo indica que está obediendo a un plan minuciosamente trazado! ¡Si más parece una operación militar, dibujada sobre un mapa de carreteras! Conozco gente que se atreve a establecer una secuencia razonable entre algunas de las personas protagonistas en estos juegos, tildando a unos como los buenos de la película y a otros los malos. Yo me reservo, en todo caso el papel del feo. Aquí hay algo más que intereses de poder o mando y probablemente se urdirán explicaciones tan poco convincentes como las que ya ruedan para acallar al respetable, que,

entre otras cosas, todavía observa el paisaje con las mandíbulas a punto de dislocarse. Pero debemos esperar, porque al cabo todo se sabe.

Como no tengo en mis manos más razones que las que ustedes manejan, evitaré pronunciarme. Si es guerra lo que contemplamos, pongamos entre dos personas, o grupos, bueno será que entre ellos diriman. Gente con mucho conocimiento de estas cosas se aproximarán a la verdad procurando que el daño a producir sea el menor posible. Nos lo dirán, no les quepa duda; mientras tanto corre el río de dimisiones como la lava del volcán, llevándose por delante cuanto se interponga. La traca final ya ha sonado y esta es la hora en que escribo cuando la operación ha tomado, aparte los tintes de dolor que se les suponen, adornos de esperanza, en el sentido de preparar una nueva cabeza que sea capaz de enmendar el desaguado. Todas las miradas están puestas en un señor de Galicia, astuto y paciente, que sabe mover los hilos que a otros rodean el cuerpo y los atan a un más que tristísimo destino. Todo eso se verá a tiempo, pues se convocará un Congreso Extraordinario para tal fin, cuando las cartas estén barajadas y repartidas. Mientras tanto observemos cómo la plebeya clase mediática hace y deshace a placer, poniendo aquí quitando allá, enviando a los infiernos a los malos y salvando de la quema a los buenos.



Como premisa general, permítanme decirlo así, las desgracias que de forma encadenada están precipitando al PP en la Sima de los Huesos tienen complejas y variadas razones y a nadie se le escapa que una de ellas, tal vez más fuerte de lo que se piensa, fue la puesta en escena del discurso del señor Casado contra el señor Abascal con ocasión de la moción de censura. El que debiera haberse ceñido a un académico alegato político, exento de rabias y visceralidades, se convirtió en una diatriba personal, que a la gente pareció inadecuada y excesiva y que acabó por entender como una ruptura de relaciones, incluso antes de haberse producido. Desde entonces no ha habido progresos entre las dos formaciones políticas y, a trancas y barrancas, los que podrían haberse entendido como movimientos orientados a una efectiva fusión de la Gran Derecha que necesita España ha derivado a posiciones altamente enfrentadas, que a raíz de los últimos acontecimientos presentan un cariz de difícil solución. Y este es el problema, que mientras la Derecha se quiebra, o al menos se subdivide, se aleja uno de los equipos de atletas que podía alzar el trofeo que más necesita el país en estos momentos, cual es la copa que está en juego.

Según se colige de las informaciones que se cruzan la cuestión se reduce a no sé qué de unas facturas en las que tuvo que ver un hermano de la señora Ayuso, la intervención (o no) de ciertos investigadores privados, espías a sueldo, rencillas personales, sombras que se alargan a la caída del sol y flores que dejan de florecer cuando corre el cierzo; total, un mercado persa, al que no estábamos acostumbrados pero que vemos pasar ante nuestros ojos con la

callada sensación de sentirnos amablemente engañados, al modo que lo estamos cuando el prestímano se nos acerca para pedirnos colaboración en su juego. Ignoramos por dónde sacará el as de picas, si del fondo de su sombrero o detrás de nuestra oreja, y ese no saber qué nos producirá contento, pero una cosa «sí sabemos»: hay truco, engaño, las más veces llamada magia. O sea, quieras o no, colaboras a la ficción, a la mentira, a nadar sobre un mar lleno de sargazos.

Y en este panorama circense tan espléndido, ha tocado a la derecha fregar los platos. Al menos a una parte de ella, por la fuerza de las cosas caída en desgracia. Otros, los de la Izquierda, la izquierda montaraz nutrida por ahora de los comunistas silenciosos, debidamente acicalados, rebosando higiene por los cuatro costados, escogido para la ocasión lo mejor de cada ropero, se arremolinan en las aceras para ver pasar el cortejo, que si todavía no es fúnebre va camino de serlo.



Antes se decía «ver los toros desde la barrera» pero desde cierto tiempo a esta parte eso está mal visto. A los toros es mejor dejarlos a los chicos esos que los burlan escabullendo el cuerpo, pero no los matan. Aunque, como las cosas han cambiado, ahora suena mejor decir «sin despeinarse».

Suena a charada que haya gente tan repeinada y con la raya en medio, dando botes en el centro de la plaza.

\* \* \*

## La soledad de Pablo Casado

José María Nieto Vigil (*El Español Digital*)

**E**s de lamentar que el en quehacer político de un líder –vergonzoso y repugnante, incluso– el que cuando los vientos no le son favorables, sino tormentosos y adversos, aquellos que lo jaleaban, coreaban y se mostraban prestos a evidenciar públicamente su apoyo incondicional, desaparezcán de la escena convirtiéndose en invisibles. La máxima de Bertrand du Guesclin, célebre mercenario solamente fiel a sus propios intereses, de «Ni quito ni pongo, pero ayudo a mi señor», en aquella celeberrima escena en la que traiciona a Pedro I, «el Cruel», cuando es asesinado por su hermano bastardo, Enrique de Trastámara –Enrique II–, mientras le sujetaba para que pudiera ser apuñalado. Así es, aunque sin asesinato, literalmente hablando, pero con cadalso y picota política levantada.

La lealtad, la integridad, la honestidad, la honradez, la honorabilidad, la rectitud, la decencia, la moralidad, la dignidad, el honor, la entereza o, sin ir más lejos, la respetabilidad, deberían ser las cualidades sobreentendidas en aquellos que hacen de la política una vocación, no una profesión. Todas ellas fueron atesoradas por santo Tomás Moro, patrón de los políticos y de los gobernantes, venerado tanto por católicos como anglicanos. Debería ser el espejo en el que mirarse cuando alguien decida caminar por los senderos de la

actividad política, entendida como servicio, no como un beneficio personal. Frente a tales indispensables virtudes –bastante escasas en la arena del albero del ruedo político–, abundan los vicios y las oscuras inclinaciones de los dirigentes del Partido Popular, tanto a nivel nacional, como regional, provincial, comarcal y local. La traición, la deslealtad, la impostura, la indecencia, la deshonra, la deshonestidad, la indignidad, la injusticia o lo indecoroso, ético y estético, definen muchas de las actitudes de no pocos jefes, jefecillos, régulos o caciques populares.

¿Ubi sunt? ¿Dónde están aquellos que se apremiaron para cobijarse a la sombra del liderazgo de Pablo Casado? ¿Qué fue de aquellos palmeros que, con bríos arrebatadores, quisieron immortalizarse para la posteridad en las instantáneas fotográficas? No están muertos, están desaparecidos, instalados en el silencio cobarde, no quieren verse salpicados por el barro del lodazal en el que se ha convertido la guerra fratricida en el seno de la organización azulona. Más pendientes de mantener sus poltronas, sus apostentamientos institucionales –ricamente retribuidos–, se ponen de perfil y hacen el «Don Tancredo», evitando caer en la refriega en la defensa del líder que les promovió para sus lucrativos puestos. Es, sencillamente, deleznable, repugnante, detestable, repulsivo y nauseabundo.



En el conflicto interno, también externo, que se viene librando entre los populares –cada vez más impopulares–, tengo una posición personal por descontado, tengo claro con quién está mi devoción y admiración, pero me resulta vomitiva, hedionda, infecta y pútrida la felonía de los apesebrados y paniaguados beneficiados por quién ahora se encuentra al pie del cadalso. Cuántos y cuántas deben su sueldo de fin de mes a su jefe, hoy condenado a su muerte política. Qué miserables y cobardes, qué mezquinos, rastreros y desgraciados. No me merecen ningún respeto, menos aún consideración y cortesía, deferencia o admiración. Encarnan lo más execrable que en la vida política uno pueda ser –permítaseme la expresión– unos comemierdas a jornada completa y fiestas de guardar.

Conozco a Pablo Casado, a su familia y sé de sus cualidades, también de sus defectos. Nunca he sido casadista, más al contrario, he sido muy crítico con sus posicionamientos políticos. No soy votante del Partido Popular –ni lo seré jamás–, pero le juzgo como una persona correcta, educada, amable, extrovertida y cortés. Le he dado clases de Filosofía y Religión, amén de haber mantenido siempre una saludable amistad. Él sabe cómo pienso, conoce mi particular interpretación de la política y, nunca, nos hemos dejado de saludar. Sí que me habría gustado, a puerta cerrada, sin luz ni taquígrafos, sin declaraciones públicas ni privadas, abrirle los ojos para que se diera cuenta de la soledad en la que siempre se encontró, pese a las oportunistas declaraciones

y muestras de afecto –absolutamente fingidas y sí muy interesadas– de los arrivistas que le rodeaban y le engatusaban, le siseaban al oído fétidos consejos autodestructivos y le reían las gracias a mandíbula batiente, aunque fueran conscientes de sus errores. Los mismos que, hoy, han estado dispuestos a traicionarle sin escrúpulos, a conducirlo a la puerta de salida y a su suicidio político.

Su soledad es más que evidente, el «silencio de los corderos» pastoreados por los traidores es atronador. En una situación como la actual, TODOS y TODAS –con mayúscula–, presidentes regionales y provinciales, deberían haber



salido en tromba a hacer declaraciones a favor de su jefe de filas. Tristemente, no ha ocurrido, pero no por qué se esté a favor de su adversario, sino porque no tenían ganas de implicarse con nada ni con nadie, tan sólo consigo mismos. La situación cobra tintes más angustiosos, si tenemos en cuenta que, en su propia tierra natal, Palencia, su organización, como durante las elecciones

primarias, se mantuvo ausente del debate interno entre sorayistas, casadistas o cospedalistas. Nadie se mojó, salvo honrosas excepciones –hoy calladitas, por si acaso–. Después, convertido en jefe de filas, baste ver y consultar las hemerotecas para comprobar la grandilocuencia de los gestos –totalmente artificiales– con los que fue agasajado y aclamado cuando volvía por sus fueros. Ahora, algunos –incluso– se ausentan bajo cualquier pretexto inexcusable. Es indescriptible el rechazo que me provocan tales personajes, verdaderos corifeos de teatrillo político.

Así pues, su postura es la de estar «al sol que más calienta». La vida interna de los partidos es aciaga, marcada por una sociedad de clanes y tribus enfrentadas entre sí. Los perdedores en la refriega son desterrados, condenados al ostracismo, discriminados, excluidos y maltratados. En una ocasión, el más impresentable político que he conocido en mi vida, refiriéndose a este tipo de vendetta, me dijo: «En el campo de batalla no hay que dejar heridos». Imagínense que personaje más siniestro, pero que gozaba y sigue gozando de predicamento desde el ejercicio de sus responsabilidades institucionales. Es vergonzoso y asqueroso. Lo malo es que –lo digo por mi dilatada experiencia política–, esta maquiavélica forma de proceder, en la que el fin justifica los medios, sigue instalada en el seno de los partidos políticos, en el Popular también.

El resultado de este fuego cruzado entre Isabel Díaz Ayuso y Pablo Casado ha sido una excusa bien calculada, no es casualidad que se produzca cuando en el horizonte de las elecciones generales se aproxima con rapidez. Estoy seguro del daño causado a su base social de afiliados, votantes y simpatizantes; asumo que los principales beneficiados son terceros; me muestro convencido que en Moncloa, nuestro insufrible presidente, Pedro Sánchez, está dando saltos de alegría; que en Vox asisten complacidos al pifostio montado, sabedores



de los amplísimos réditos electorales que le suponen y, que los «silenciosos», calladitos en su sillón, han encontrado el momento para subirse al carro de los vencedores, enrolándose en la nueva red clientelar que tejerán alrededor del nuevo jefe. No les importa ser perjuros, pues son mercenarios de la política sin bandera, mercaderes de sus raquíticas conciencias. Prefiero mil veces la disputa y el debate leal, mirando a los ojos, que la daga «amiga» oculta, siempre traicionera y dispuesta a ser desenvainada por la espalda. Cuidado con el gallego, que como quien no quiere la cosa, se postula como redentor y pacificador. Veremos si consigue salvar su escuadra, diezmada y por todas las miserias azotadas.

\* \* \*

## Lo que quieren los españoles

El PP en este momento es un problema, pero lo es porque podría frustrar la voluntad de una mayoría social que quiere corregir a fondo al sanchismo

**Bieito Rubio** (*El Debate*)

**L**o que quiere al menos la mitad de la sociedad española es que concluya el tiempo del peor Gobierno de la democracia, que no es otro que el que preside Pedro Sánchez. Por eso había tanto disgusto entre la base sociológica del centroderecha cuando explotó la crisis interna del PP. Eran muchos lo que veían perdidas sus esperanzas de un relevo democrático, en el juego de la alternancia, del dúo socialcomunista que de manera tan abrasiva está tomando decisiones sobre nuestras vidas. Había cundido la desmoralización. Parecía que el PP no podría recuperarse de una guerra civil. Todavía sonaban los ecos de la explosión incontrolada de UCD, una de las mejores ideas de política española de la última mitad de siglo. Por eso, a medida que van pasando los días y se va vislumbrando la capacidad que los partidos tienen de regenerarse internamente y asoma alguna solución al guirigay montado, esos españoles que están dispuestos a votar para que Sánchez no siga comienzan a percatarse de que hay tierra a la vista en la inmensa y oceánica soledad



ideológica y de liderazgo en que está sumida la principal fuerza de la oposición. Hay mucho trabajo por delante, aunque solo sea para desmontar todas las aberraciones de un Gobierno que –hay que insistir en ello una y mil veces– está formado por socialistas y comunistas y cuentan con el apoyo de golpistas y filoterroristas. Caso único en Europa y que no puede prolongarse por más tiempo. El PP en este momento es un problema, pero lo es porque podría frustrar la voluntad de una mayoría social que quiere corregir a fondo al sanchismo. Por eso se necesita al frente del principal partido de centroderecha a alguien que logre ganarle las elecciones al PSOE. Ese es su principal objetivo.

\* \* \*

# Jaque a España

**Julio Merino** (*El Correo de España*)

**H**ay quienes opinan que «la Historia se repite» y hay quienes opinan que eso es una tontería. Hay quienes piensan que «España es diferente» y muchos que eso es otra tontería, pero la situación que estos días estamos viviendo está demostrando que los españoles somos, ciertamente, diferentes o distintos a los demás pueblos de Europa. Podría citar al menos 20 frases de los grandes personajes de nuestra Historia para reforzar esta teoría. Pero, me conformo con las palabras que escribió un día Don Juan Valera, uno de los hombres más cultos y más viajeros de su época. «Los españoles –decía– somos una raza aparte. Cuando somos soberbios, lo somos más que nadie. Cuando somos humildes caemos en la idiotez o en la tristeza... ¡Ay, el español no sabe ni sabrá jamás ceder sin humillación ni ganar sin triunfalismos! ¡Así nos va!».

Ahora volvamos a la actualidad política que estamos viviendo. También aquí



hay versiones diferentes, porque hay quien opina que al final la «Casta» se pondrá de acuerdo y habrá Gobierno y hay quienes opinan que «éstos» no se ponen de acuerdo ni aunque los refundan y habrá que ir a nuevas elecciones. Ante esta situación, y puesto que el futuro es incierto y está por escribir, no hay más remedio que volver los ojos atrás y ver qué pasó en situaciones parecidas. En los dos siglos que ya han pasado desde las Cortes de Cádiz hubo cinco «Procesos Constituyentes»:

el de 1812, el de 1868, el de 1876, el de 1931 y el de 1977. ¿Y cómo terminaron esos cinco «Procesos Constituyentes?». Veamos, aunque sea muy en síntesis:

1. El de 1812, que parió «La Pepa», la primera Constitución democrática de Europa, terminó con los «Padres» de Cádiz perseguidos, encarcelados o ahorcados por orden expresa del Rey (El felón Fernando VII) y una Guerra.
2. El de 1868, con una Revolución (La «Gloriosa») que trae una Monarquía Parlamentaria y un Rey extranjero (Amadeo de Saboya), una República que dura 11 meses y un Golpe de Estado que le devolvió la Corona a los Borbones, tras la patada que le habían dado a Doña Isabel.
3. El de 1876, con el Turno de los Partidos (la Derecha Conservadora de Cánovas y la Izquierda Liberal de Sagasta), el desastre del 98 y la pérdida del Imperio, la Semana Trágica de Barcelona, el magnicidio que acaba con el Presidente Canalejas y la Dictadura de Primo de Rivera.
4. El de 1931, con el Golpe de Sanjurjo, la sublevación socialista del 34, la quema de Iglesias y Conventos, y la Guerra Civil del 36 y un millón de muertos.

5. El de 1977, el que estamos viviendo. De momento podemos decir que nos ha devuelto la Democracia y nos ha subido al tren de Europa, que acabó con el «golpismo» tradicional y devolvió la Soberanía Nacional al rey.

Y, sin embargo, España está otra vez en la encrucijada. Porque otra vez ya se está diciendo lo de siempre, que la Constitución es «papel mojado», lo mismo que dijeron los conservadores de la Constitución de 1812, lo mismo que dijeron de la Constitución de 1876 las Izquierdas, lo mismo que dijeron los nacionales de la de 1931.



Señores, la Historia no se repetirá, ni España será diferente, pero la situación que estamos viviendo induce a pensar lo contrario. Haya Gobierno de Derechas o haya Gobierno de Izquierdas... esto es un verdadero «Jaque a España». Esperemos que esta vez la sangre no llegue al río y que no terminemos con un «Jaque mate» que sea el final de esta España que costó levantar 500 años.

\* \* \*

## Por qué Putin puede echar a Sánchez de La Moncloa

La guerra de Ucrania amenaza con transformar los planes de recuperación de la Eurozona en un 'cuento de la lechera'. Y España está entre las economías más vulnerables

**Juan T. Delgado** (*Vospópuli*)

**E**n realidad, todo empezó en Wuhan. Es el virus localizado en la ciudad china el culpable de una crisis económica global que ha allanado el camino para la guerra. Evidentemente, Vladimir Putin ya tenía Ucrania en su punto de mira cuando el Covid echó a volar. Pero la pandemia ha provocado un caldo de cultivo propicio para la afrenta bélica.

La economía es un factor absolutamente clave para entender los pasos del Kremlin. Moscú sabe que puede hacer saltar por los aires la recuperación proyectada en la UE. Cuanto más se complique y se alargue la guerra, menos posibilidades tendrán las economías europeas de recuperar la «normalidad» como y cuando habían previsto.

La invasión de Ucrania pilla a la Unión Europea en pleno proceso de recuperación, tras la caída libre de 2020. Sin embargo, los indicadores benignos de PIB (la Eurozona creció de media un 5,2% en 2021 y España otro 5%) aparentan una salud demasiado robusta en comparación con la realidad.

El fuerte repunte obedece no sólo al «efecto rebote». Se debe, sobre todo, a que las economías europeas están absolutamente «dopadas» por el Banco Central Europeo, que nunca ha dejado de comprar deuda soberana; y al

«combustible» que aporta el fondo NextGenerationUE, dotado con 750.000 millones.

Precisamente, lo que pretendía la UE era retirar progresivamente los estímulos y recuperar, a partir del próximo año, las reglas fiscales, para encauzar de nuevo la deuda y el déficit. Ambos conceptos están desbocados en países como España, que soporta el cuarto mayor endeudamiento público de la Eurozona (121,8%) y el segundo mayor desequilibrio presupuestario (7,3%).

La guerra amenaza con transformar los planes europeos en un cuento de la lechera. Basta con revisar cómo reaccionaron los mercados de deuda la pasada semana, cuando el conflicto bélico se veía sólo como una posibilidad cercana. La prima de riesgo española volvió a cruzar la barrera de los 100 puntos y el mismo camino siguieron los diferenciales de los países periféricos (Italia, Grecia y Portugal), los más vulnerables frente a las crisis por los ajustes de sus economías.

Con el conflicto bélico ya en marcha, el terreno queda abonado para un aumento progresivo de las primas de riesgo. Para tener referencias, recordemos que, en la anterior crisis, José Luis Rodríguez Zapatero tuvo que aplicar los primeros ajustes cuando el diferencial español alcanzó los 160 puntos, en 2010.

Paralelamente, la guerra contribuirá a alimentar la subida de los precios energéticos y, por ende, de la inflación. Con el barril de Brent (crudo de referencia en Europa) por encima de los 100 dólares y la cotización del gas rompiendo techos, también quedan en papel mojado las estimaciones –o deseos– de la Eurozona, que contaba con una estabilización de cara a la primavera.



Al igual que ocurre con su exposición a los mercados de deuda, España también sale especialmente perjudicada por el encarecimiento de la energía, ya que cuenta con la segunda mayor inflación de Europa y unos niveles de inflación subyacente no vistos desde 2008.

Si la guerra y las turbulencias de los mercados se extienden en el tiempo, la inflación se irá inoculando cada vez más en la cesta de la compra, alimentando el círculo vicioso que tanto teme el Banco de España. La actualización de los salarios puede generar más inflación todavía y, de paso, pasará factura a quienes tienen nóminas por las mayores retenciones en el IRPF.

Las incertidumbres son tantas y la interconexión de la economía mundial tan elevada, que cualquier decisión de Putin puede afectar al día a día de los españoles. Y, por supuesto, a los cálculos electorales del presidente del Gobierno. Antes de lo que los tanques rusos cruzaran la frontera, Pedro Sánchez contaba con una recuperación progresiva, alimentada con fondos europeos, para llegar a la presidencia española de la UE –en el segundo semestre de

2023– con una economía en buen estado de forma. Era el escenario ideal para convocar elecciones y derrotar a Pablo Casado.

Hoy, el presidente del Gobierno ni sabe en qué fecha podrá celebrar los comicios, ni a quién se tendrá que enfrentar en las urnas. Ni si tendrá fuerzas suficientes para derrotar a un PP que tendrá tiempo de rearmarse mientras la economía no acaba de levantar el vuelo.

\* \* \*